

LAS ÚLTIMAS PIRÁMIDES

COMO UNA ANTICIPACIÓN geológica de la historia que vendría, la plataforma continental de México emergió de las aguas formando una pirámide truncada. Un vasto altiplano se elevó de las costas y se pobló de otras pirámides premonitorias: los volcanes. Luego se poblaría de pirámides indígenas y finalmente de pirámides burocráticas.

La dotación geológica traía grandes reservas de plata y petróleo, tierras más forestales que agrícolas, poca agua, una multitud de valles incommunicados entre los vericuetos orográficos. Esto favoreció, por una parte, la economía de subsistencia, dispersa y autárquica; por la otra, una economía cortesana que prosperó con las riquezas del subsuelo.

Fernández de Lizardi vio en esa dualidad la producción del campo frente al dinero fácil: "no adoremos el oro ni la plata (...) la naturaleza, siempre sabia, los ocultó a la vista de los hombres; mas éstos, perezosos y egoístas, rompen las entrañas de su madre para sacar estos metales y hacerse ricos de la noche a la mañana sin trabajar. ¡Qué horror! La naturaleza benéfica les preparó a todos los mortales las verdaderas riquezas, no en el centro, sino en la superficie de la tierra".

López Velarde fue más lejos. En la doble herencia de México, veía una dualidad funesta: la pobreza cristiana de la vida campesina / la riqueza fáustica del infamundo. Como si la riqueza fácil implicara un pacto con el diablo, a cambio de perder el alma campesina:

*El niño Dios te escrituró un establo
y los veneros de petróleo el diablo.*

Aunque la economía del poder central en México, como en todas partes, ha oprimido la economía campesina, no ha podido explotarla mucho. La exacción de tributos agrícolas a comunidades pobres, remotas y dispersas, a través de caminos montañosos, a pie (en los tiempos indígenas) o con bestias de carga (después, antes de que hubiera ferrocarriles y motores de gasolina), fue siempre más opresiva que costeable. El verdadero negocio central ha sido la extracción de riqueza subterránea.

A partir de los yacimientos de obsidiana, se erigió el primer estado del altiplano: Teotihuacán, la ciudad de imponentes pirámides, que llegó a tener 200,000 habitantes. Por los años 350-550, mientras Roma declinaba y el imperio chino se desintegraba bajo invasiones bárbaras, Teotihuacán prosperó como la capital del mundo mesoamericano y una de las mayores del planeta.

A las pirámides siguieron los templos y palacios virreinales. La plata alimentó la fastuosidad del estado español en el altiplano (y, por supuesto, en España). Hasta la fecha, México sigue siendo uno de los primeros productores de plata del mundo. También de petróleo, grafito, fluorita, antimonio, plomo, zinc, mercurio, cadmio, bismuto, selenio y hasta azufre: para que huelga a bendición del diablo la riqueza extraíble. Pero hubo un cambio importante de la obsidiana a la plata. El desarrollo teotihuacano era artesanal, con exportación al resto del Mesoamérica. Empezó por objetos de obsi-

GABRIEL ZAID

diana local, llegó a importar obsidiana para transformarla y se extendió a otras manufacturas exportables: la cerámica, los trabajos de concha (traída del mar) y de piedras finas. En cambio, la plata (como luego el petróleo) sirvió para convertir al país en casa de moneda, para exportar capacidad de pago más que trabajo de las manos: para hacer prosperar el trabajo de otras manos, ocupadas en atender las necesidades cortesanas de España y la Nueva España.

Hubo un modelo alternativo, del cual quedan residuos. En el siglo XVI, en Michoacán, el obispo Vasco de Quiroga crea una prosperidad basada en la división del trabajo de las manos y el intercambio. Como en el modelo teotihuacano, pasa de la autarquía campesina a una economía más amplia y diferenciada que integra la anterior. Cada pueblo se especializa en una artesanía de exportación que intercambia con los vecinos, sin dejar de producir sus propios alimentos, ropa y techo. Se integra así la economía de subsistencia con el desarrollo protoindustrial. Más aún: a través de las manos, se integran las tecnologías indígenas y europeas.

Tanto el modelo teotihuacano como el michoacano tuvieron la virtud de apoyarse en la economía previa y la cultura local para desarrollarla, a través de la exportación. Además, el modelo michoacano, a diferencia del teotihuacano, era regional en vez de centralista.

El imperio azteca heredó el centralismo, pero no el desarrollo de Teotihuacán: su capital tuvo menos manos artesanales, menos empleos exportadores, menos población. El virreinato continuó el centralismo azteca y prospera con la extracción de plata, que margina o aplasta la economía previa, en vez de desarrollarla; que polariza la prosperidad, en vez de integrarla. Frente a la economía cortesana, la economía de subsistencia queda marginada, en el mejor de los casos; en el peor, sometida, dislocada, como la cultura local. Esta polaridad reaparece en el siglo XX con el petróleo, los universitarios y las pirámides burocráticas: la nueva plata, los nuevos cortesanos y las nuevas pirámides.

La economía artesanal, que pudo haber sido la base de un desarrollo más sano, fue todavía golpeada en el siglo XIX con las mejores intenciones progresistas. El poder central actuó directamente contra los gremios artesanales y destruyó gran parte de ese tejido social autónomo, sin ganar siquiera beneficios importantes para su propia economía, débil entonces.

El fasto indígena y virreinal resultó inasequible para el nuevo estado mexicano, inseguro y escaso de recursos, en medio de convulsiones internas e intervenciones externas, hasta que Porfirio Díaz construyó el primer estado mestizo (después del español y los indígenas). Para 1900 ya hay ferrocarriles, comienzos de industrialización, 64,000 empleados públicos, una

presidencia fuerte y centralista que se impone a través de la disyuntiva "pan o palo": concesiones favora-

bles para el que acepta el integrismo político; mano dura para el que no lo acepta. Desaparece el partido conservador y se establece un integrismo nacional progresista. La leal oposición, desde entonces hasta la fecha, se vuelve una tontería política, cuando no traición a la patria. Crece la capital: un tercio en población y un medio en extensión, de 1900 a 1910.

El nuevo estado empezaba a crear su propia corte y sus propios fastos cuando fue destruido por la revolución de 1910. Su reconstrucción, después de nuevas convulsiones internas y amenazas externas, tuvo un apoyo decisivo en el petróleo. El primer auge (criticado en *La suave patria* de López Velarde y en *La rosa blanca* de Traven) fue en "los fabulosos veinte", cuando México se volvió el segundo productor petrolero del mundo. Pero el estado mexicano sólo recibía migajas de la extracción, en manos extranjeras. Después de la expropiación en 1938 y la quintuplicación de precios en 1973 (que volvió costoso la explotación de reservas profundas, gigantescas), hubo un segundo auge que llegó al delirio en los años de 1979-81 y se estrelló contra la realidad en 1982.

Esto impidió la inauguración fastuosa del edificio central de Pémex: una especie de gran pirámide o catedral del petróleo (naturalmente, en la ciudad de México: donde la principal actividad petrolera consiste en despilfarrar el petróleo, no en extraerlo). La Torre de Pémex puede recibir simultáneamente a más de 22,000 personas en sus 242 metros de altura. En comparación, la gran Pirámide del Sol de Teotihuacán tiene 63 metros de altura y las torres de la Catedral de México tienen 66.

La empresa y el edificio (que son los mayores de México y de los mayores del mundo) subrayan la polarización extrema del país: entre el altiplano y las costas, entre la capital y el interior, entre la economía cortesana y la de subsistencia, entre la ciudad y el campo, entre la cultura del progreso y las culturas indígenas, entre el despilfarrar y la miseria, entre el poder central y la dispersión impotente. Todos los habitantes de cualquier población rural de México pueden estar en la Torre de Pémex. La cual hace más consumo eléctrico, telefónico, de correos, automóviles, aviones, helicópteros, elevadores, combustible, papel, agua, drenaje, policía, que muchas poblaciones juntas.

Según las compilaciones de la revista *Fortune*, en 1983 Pémex ocupaba el lugar número 12 entre las 500 mayores empresas industriales fuera de los Estados Unidos (y estaría en el lugar 16 entre las norteamericanas). Aparece con ventas de 16,000 millones de dólares, pérdidas de 5 millones de dólares y 157,000 empleados (excluyendo filiales). La única otra empresa mexicana que figura en la compilación es el Grupo Alfa, en el lugar 428 fuera de los Estados Unidos, con ventas de 1,000 millones de dólares, pérdidas de 68,000 dólares y 32,000 empleados. Estas dos empresas deficitarias, y el estado mismo, también deficitario (y que en 1983 llegó a los 4,000,000 de empleados), encabezan un gigantismo recientísimo y fracasado.

Aunque en las últimas pirámides parece que el salario es la normalidad misma, y el empleo un derecho universal, hasta el siglo pasado aspirar a un empleo pare-

cía extraño, enfermizo y digno de burla: se hablaba de "empleomanía". La servidumbre deseaba ser libre, y las personas libres no deseaban la servidumbre sino trabajar por su cuenta. Todavía en 1950, la mitad de los mexicanos trabajaba por su cuenta: eran campesinos, artesanos, pequeños empresarios, profesionales libres. Y los que no trabajaban por su cuenta, trabajaban casi siempre con alguien que trabajaba por su cuenta. La sociedad estaba poco piramidada.

El estado, las grandes empresas, los grandes sindicatos, las grandes universidades, manejan hoy un personal y un presupuesto que nadie hubiera soñado hace medio siglo. Pocas personas en el mundo tienen un poder tan ilimitado sobre tantos recursos y personas como un presidente mexicano. Alejandro Magno en toda su gloria no manejó más recursos que Pémex. El Grupo Alfa empujó los antiguos sueños mexicanos de gloria empresarial; creó una burocracia moderna, ambiciosa y cortesana en el sector privado, nunca antes vista. La Universidad de México tenía 10,000 estudiantes en 1935; hoy tiene más de 300,000 y es una de las mayores del mundo: una ciudad dentro de la ciudad, mayor que el estado teotihuacano. El Sindicato Petrolero tiene un poder y riqueza mayores: comparables a los que tenía la Iglesia cuando parecía dueña del país. (Para su fortuna, este nuevo poder corporativo, legitimado por otras teologías, no se ha topado con su presidente Juárez.)

Todo este gigantismo surgió en unas cuantas décadas y nadie se lo esperaba, aunque así desembocan sueños de grandeza y circunstancias latentes a través de los siglos: la riqueza del subsuelo, el centro como lugar sagrado, la economía cortesana, el deseo de redención, que va de las reformas de Vasco de Quiroga a la reforma agraria y el progreso industrializador.

De 1810 a 1921, la sociedad mexicana vivió sacudidas volcánicas comparables al trauma de la conquista en el siglo XVI. Estamentos completos, como placas tectónicas, emergieron o fueron desplazados. Los españoles nacidos en España perdieron el poder frente a los nacidos en México, que a su vez lo perdieron frente a los mestizos. La Iglesia, las comunidades locales y los gremios artesanales perdieron bienes y privilegios en favor, no del estado, sino de la oligarquía de terratenientes, caudillos y extranjeros, que a su vez luego perdieron fuerza frente a los sindicatos, las oligarquías industriales y, sobre todo, el estado. De estas sacudidas brotaron las últimas pirámides, subsidiadas con petróleo y coronadas por la gente bonita que se fue apoderando de todo: los universitarios.

*Piramidal, funesta, de la tierra
nacida sombra, al Cielo encaminaba
de vanos obeliscos punta altiva,
escalar pretendiendo las Estrellas...*

dice Sor Juana, hablando de una sombra, en la que hoy pudiéramos ver la oscura mancha del petróleo, que se extiende y arrasa con la vida del campo, mientras la corrupción y el despilfarrar (escalar pretendiendo las estrellas) arden en la punta altiva de las últimas pirámides.